l'ilusió sería d'Espanya
per mí, la do ra milló.

Auto també, á tort y á dret
tiberis ab bón xampany
y tampoch sería estrany
tení un zapelín bé'n fet.

I are senyors diputats
esperen sols uns quants días
que haus deixaré admirats
ab las meas teorías.

Dispenseu la lata g. ant
qu'heus ha vingut á doná
aquet nyiebit vallessá
en Paquito, el fabricant.

—————

**Don Francisco Torras y Villa es el único
concejal que ha sido acusado y denunciado al
Juzgado, por jugar á los prohibidos.**

—————

QUIEN MAL ANDA MAL ACABA

Así le va pasando al *democrático* don Francisco Torras Villa. Este individuo va de un lado á otro y en todas partes tropieza. Esto es debido á su poca popularidad ya que es hombre de pocos amigos. Para tener buenas amistades hay que comenzar por ser caballero y saberlas corresponder, así como no ser absoluto en los actos de la vida de relación y guardar las debidas consideraciones á sus convecinos.

La explotación del obrero es impropia de todo ser racional; y nuestro aludido, sin conmiseración de ninguna clase, es público abusa en el trabajo de menores de edad sin respetar así lo establecido en nuestras Leyes.

Por esto en todas partes se habla mal del mencionado Señor; y como este sujeto es de un orgullo desmedido y se cree superior á todos, de ahí que el vecindario le mire con indiferencia y se haya creado enemigos sin cuento y dé lugar á escenas poco edificantes como la desarrollada en la Unión Liberal la noche del 28 del pasado Febrero motivando que al siguiente día en los lavaderos, tabernas, cafés, fábricas y casas particulares todo el mundo comentara lo sucedido en tonos nada favorables para el precitado Sr. Torras y lamentando no se le hubiera hecho algo más.

Los obreros ó trabajadores de la casa Torras buen concepto acabarán de formar de su patrono. La autoridad moral irá seguramente por los suelos. Y ya vé D. Francisco como no se puede alardear de presuntuoso para no verse descedido de nivel.

Nada Sr. Torras: PARA NO ACABAR MAL hay que ser respetuoso con todos, con ricos y pobres; hay que saber alternar en Sociedad y guardar las debidas consideraciones á todo el mundo en especial los obreros. Y respecto á estos no se les debe explotar y hay que procurar que ganen el pan de sus hijos.

Además, y por que bien le queremos, se han de procurar buenas compañías por aquello de que "dime con quien vas y te diré quien eres" Prescinda V. ir del brazo del Sr. Puntas por las *simpatías* que tiene este Sr. en Granollers; pues si V. oyera, cuando aquel individuo va á misa por las mañanas, la buena ventura que le sueltan las mujeres, seguramente no sería de su agrado le hicieran extensivo el vocabulario de los piropos.

Creáenos de una vez; acepte nuestros consejos que son desinteresados aunque le parezca lo contrario, y no dé lugar á que para V. sea un hecho el refran con que estas líneas se encabezan.

—————

Paseando

Cepillo mi ropa, limpio mis zapatos, me visto con mi mejor traje comprado hace pocos días en una casa de préstamos de la Barceloneta por treinta reales y me voy á dar un paseito por la estación á fin de no gastar diez céntimos porque la verdad, me harían falta para la cena, y voy observando cuanto puedo, sistema mujer alparcera.

Primeramente, observo á nuestro alcalde con su rizado bigote algo cano, que amable y sonriente como siempre me saluda el que devuelvo con mucha cortesía; le detengo un instante para interrogarle, á cuyas preguntas me contesta con la amabilidad que siempre le caracteriza, le requiero para que me dé algún detalle de la vida municipal de cuyas respuestas quedo altamente satisfecho; saca un cigarrillo de arroz, el que admito como un niño una golosina, ya que hace tiempo no había probado bocado tan exquisito, porque cuando más fumo cajetillas de á veinte que en lugar de tabaco mejor parece estiércol, con un olor que apesta á mil demonios, que á veces hago apartar á los que me rodean con semblante olorcito. Le largo la mano, nos saludamos afectuosamente y sigo mi paseo, dando al instante de narices, como no podía menos de sucederme, con Don Paco, el célebre edil fantasma, le saludo cortesmente, apenas me contesta, le detengo para interrogarle, me desprecia; y entonces no puedo por menos que decirle, pero Don Francisco, ¿Es que por ventura no somos lo mismamente honrados los que vestimos

traje modesto que los que usan levita? Tampoco me contesta; le largo la mano y me la rehusa, ¡Pero gran Dios! pienso yo. ¿Es que quizás no soy digno de tanta distinción? Piense V. le dije, que en este mundo, somos todos mucho más dignos de lo que nos hacen los demás y nos hacemos nosotros mismos; pero ni con esas. Quizás sabe que escribo en *El Justiciero*; pero si es eso, ¡Que ignorante!

Sigo mi paseo; encuentro luego á dos obreros empleados en la fábrica de dicho señor y nos paramos, les indico mi sucedido y uno de ellos me dice; hombre, puede V. comprender que tiene motivos para orgullecerse de su situación. ¿Un hombre joven, elegante, rico y jefe de partido, quiere que le dé audiencia? ¿Porque nó? le contesté, ¿Que por ventura no soy digno de ello? Hombre, hombre, me contesta el otro. No le diremos lo contrario, pero si decirle que que á nosotros que somos los únicos á quien debe su posición y distinción política, que nos explota á cada uno de nosotros dos, una niña que apenas cuenta doce años dándole el mísero jornal de seis reales por semana, si le dirigimos el saludo y una mirada cariñosa como diciéndole. tú eres el que nos hace ganar el sustento de nuestra familia. También nos desprecia, y vuelve la cara como si pasara un cán. Comprendo perfectamente, no me digan más, pero á cada puerco le llega su San Martín. Se oye la campana de la fábrica, y los dos honrados ciudadanos corren precipitadamente para no encontrar cerrado á los dos minutos.

Seguí mi paseo, en que el crepúsculo vespertino aparecía ya; salí de la estación dirigiéndome á la Plaza del Ganado, viendo al Sr. Puntas con el traje de diez el metro; decidí seguirle y como siempre, de cabeza á la iglesia; mal, muy mal pensé yó, de seguro que mañana oiremos cosas grandes muy grandes; este tío á la iglesia, mala idea será la suya, ¡Pero son tantas!

Entré detrás de él, quise saber el santo de su devoción y cataplum, el mismo que yo pensaba, se arrodilla delante de San José, y entonces me acordé del cuento de los corderos.

Como que allí no era sitio propio para interrogarle, esperé á la salida. Sus ojos que centelleaban parecían despedir chispas eléctricas, casi quedé atemorizado, pero duro, es mi misión de periodista aunque modesto, el escudriñar á los personajes políticos, y le dije: ¿Que me dice V. de política? Nada, no sé nada, ¿Y de la campaña emprendida por un periódico contra V. y el Señor edil jefe de la Popular sin popularización? ¿Que, que digo? En mala hora emprendida. Los míos quieren echarme, pues dicen que hago el santo y huelo á condenado; pero en fin que sigan, creo que poco daño me harán, y al fin y al cabo poco